

# Olfatear en la fe los aires de su presencia

---

Manuel Regal Ledo

**S**e me pide un artículo para FRONTERA en el que aborde cómo ora de hecho una persona seglar. Se me pide en cuanto creyente y en cuanto seglar, en cuanto persona metida en el fregado normal de la vida. No sé si la selección de mi persona habrá sido acertada. Cierto que soy un seglar casado, que desenvuelvo una actividad normal en un pueblo de Galicia, pero también es cierto que tengo a mis espaldas un pasado de monje y sacerdote que me configura en mi condición de secularidad, en cosas posiblemente de forma positiva, y en cosas seguramente también de forma negativa.

Con todo accedo a la petición y aquí dejo un pequeño testimonio de lo que está siendo en estos momentos de mi vida mi búsqueda y mi experiencia de Dios. Prefiero hablar de esto, de búsqueda y experiencia, muy humildemente, más que de oración, no porque no crea que la oración tenga entidad en mi vida, sino porque entiendo que la experiencia de Dios es *un más*, al servicio del cual está la oración. Y al servicio de esta experiencia de Dios están también otras cosas, que junto con la oración la posibilitan.

---

**Manuel Regal Ledo** (Lugo) es coordinador de Proyecto Hombre.

---

Hago este trabajo que se me pide con temor y temblor, consciente de la limitación de mi búsqueda y de mi experiencia, sin la más mínima pretensión de constituirme en referencia para nadie; sí con la ilusión humilde de que lo por mí buscado y vivido anime a otros en el mismo empeño, y así unos con otros, unos empujados y provocados por otros, nos lancemos con simplicidad a la gran aventura de buscar apasionadamente a Dios y, si tal es el don, a probarlo y luego alabarlo y compartirlo.

Adrede no hago referencia bibliográfica ninguna, como no sea alguna que otra cita bíblica. Esto no quiere decir que en mi vida en general, y en mi vida creyente en particular, no me sienta deudor de muchas personas, hombres y mujeres, que con su testimonio de vida y también con sus palabras, dichas y escritas, me han conducido de la mano hasta los umbrales de Dios en los que felizmente me encuentro. Algunos saben de mí, y saben también cuánto les agradezco su apoyo; otros no me conocen, y no se imaginan hasta qué punto su palabra y su vida me han estado sosteniendo. Es una incitación a legitimar y saborear en lo secreto nuestra fe en la comunión de los santos.

### **1. Cuatro actitudes, cuatro caminos, cuatro metas**

Cuando me observo como persona religiosa, creyente, cristiana, voy identificando cuatro actitudes básicas, que ocupan ya espacio dentro de mí, y que al mismo tiempo son caminos por los que desenvolver mi experiencia creyente, y la meta a la que, en principio, espero ir llegando con la gracia de Dios y con algo que yo ponga de mi parte. Si estas actitudes están en mí, ya es porque Dios de alguna manera se me ha hecho presente y me envuelve con su sombra, a través siempre de mediaciones muy simples y cotidianas, como luego iremos viendo. Me gusta revolverme dentro de estas actitudes, me parecen buenas matrices para poder soñar; me parecen ya indicadores de que Dios no anda lejos. Desde luego yo, sin la tradición religiosa cristiana de la que soy heredero y en la que creo, nunca hubiese llegado a tales convencimientos básicos.

*a) Humildad*

Como fruto de mi vida creyente me siento llamado a andar en mucha humildad. Vivir en humildad para mí es vivir con conciencia de ser criatura, de ser algo poco, inconsistente, incompleto, que me estoy haciendo, que tengo muchas carencias, muchos vacíos; vivir en humildad para mí es, por lo tanto, vivir abierto a lo mucho que me rodea, salir de mí, tener conciencia de la necesidad de lo otro, de los demás para mi vida; tener conciencia de la necesidad de Dios.

**Vivir en humildad es tener conciencia de la necesidad de los demás y de Dios**

Vivir en humildad es también vivir serenamente con la conciencia de que, por mucho que me esfuerce y espabile, siempre seré criatura, siempre seré poca cosa. Podré so-

ñar, y sueño a veces, con la dicha de acercarme a Dios, de dejarme coger y envolver por Él; pero, en todo caso, aunque esto suceda, siempre será de una forma limitada. Aspiro a “gustar y ver lo bueno que es el Señor”, como dice el Salmista (Sl 34,9), pero sé que siempre será un olfatear en la fe los aires de su presencia, y nada más.

*b) Confianza*

La vida y la fe cristiana me ha ido abriendo poco a poco a la confianza. Soy y me experimento vacío cada día. Cuando me levanto cada mañana, poco me hace falta para hacerme consciente de mi parcialidad, que muchas veces se me hace presente en forma de miedos, recelos, ganas de escapar de la pesadez del día, y algo de angustia algún día que otro.

Luego el desenvolvimiento de los días me va diciendo que alrededor de mí van apareciendo cosas que me satisfacen, que me dan tranquilidad, serenidad, fuerza, ganas de vivir sin posar la carga de la vida. Si tengo hambre, encontraré pan. Los ánimos

apagados pronto se levantan con la sola presencia de personas que seguramente también ellas se sentirán vigorizadas por mí. Podría poner muchos ejemplos de cómo mis vacíos se van poco a poco alimentando con lo que muchas personas me aportan.

En todo esto y más allá de todo esto estoy aprendiendo a confiar también en Dios. Soy vacío, pero Dios es para mí plenitud. En esta vida, y también en la que vendrá cuando venga. Soy pecado, pero Dios es para mí perdón, gracia, amor desmedido. Soy agobio y angustia a veces, pero Dios es para mí serenidad y sosiego. Me gusta ser algo más pobre cada día, porque tengo la creencia de que cuanto más pobreza tenga, más podré descansar en las manos de Dios. Quizás ésta sea la reflexión de un burgués acomodado; quizás sea un insulto para los pobres que no tienen, y para los que Dios no quiere ser sustituto del pan y de la dignidad que merecen. Pero yo me entiendo, y espero que el lector me entienda también.

Confianza, entonces, como hermana mayor de la humildad. Confianza para salir del individualismo agresor hacia la comunidad que salva. Porque todo esto me dice que, si soy parte, y porque soy parte, soy también comunitario, con una comunitariedad que me vincula con el aire, con el agua, con los animales, con la gente sobre todo, con Dios, en una especie de “todo Dios”, en la que Dios es todo y está vigorosamente en todo. Es, en definitiva, un reclamo de hermandad radical, que se me pone al alcance de la mano, por gracia y don de todo, de todos, de Dios en todo.

### *c) Agradecimiento*

Hace más de un año que he empezado a escribir una especie de diario espiritual; es una forma de rezar que me gusta, una forma de dejarme sentir ante mí mismo y ante Dios. No sé por qué, pero en muchísimas páginas de este diario acabo lo que allí escribo con la palabra “Gracias”, que además me gusta subrayar siempre. Ha sido una especie de rutina simple. Pero me ha valido para ir desenvolviendo en mí una actitud que cada vez considera más vital.

Agradecimiento por las muchas posibilidades que me da la vida. Podría enumerar cientos de ellas. Agradecimiento por las cosas y por las personas que cada día tienen en su mano la gracia de hacerme agraciado, regalado, completado, abastecido, homenajeado incluso. Tengo aire, tengo pan, tengo cariños, tengo trabajo, tengo urgencias hacia la fraternidad, hacia el servicio, tengo el Evangelio cada día, tengo a Dios que me aguarda. Es maravilloso levantarse y saber que todo está así, de esa forma tan desmedida, al servicio de cada uno, a mi servicio. Gracias.

*d) Disponibilidad*

Este movimiento engendrado en mí desde la humildad hasta el agradecimiento, pasando por la confianza radical en la vida concretada en muchas confianzas menudas, me ha ido abriendo poco a poco a la disponibilidad. No puedo descubrirme a mí mismo metido en esta rueda de la comunidad, entre la gente y con Dios, sin disponerme a ser igualmente para los demás lo que los demás son para mí.

No soy capaz de pensarme si no es desde la comunidad. No sabría vivir sin estar orientado hacia la comunidad, cosa que significa el gusto por tener horas y días de encuentro comunitario para trabajar juntos, para rezar juntos, para pensar juntos, para comer juntos. Estar viviendo en la comunidad significa también invertir tiempos, dinero, ingenio, ilusión y de vez en cuando experimentar el cansancio, la desilusión, las ganas de abandono. Pero seguir tirando hacia adelante.

Me siento provocado por el Dios que en la fe creo totalmente disponible para mí y para toda la gente. Me siento provocado por Jesús y por su Espíritu presente en tantísimas personas que he ido conociendo en la vida; algunas de ellas han tenido la gracia especial de apartarme de una disponibilidad voluntarista, en el fondo no asentada en la humildad y en la confianza en el otro que me rodea, y de irme llevando hacia una disponibilidad nueva, urgida por el amor, como una simple expansión de aquello por lo que uno se está viendo agraciado.

Me veo persona recibidora de tantas atenciones y servicios, que no puedo sino decir: ¿qué queréis que yo os haga? Desde el agradecimiento humilde. Desde el deseo de que se expanda la ola comunitaria, la ola de la fraternidad, que a mí me está haciendo algo libre y feliz cada día.

## **2. Los lugares de Dios en mi vida**

Dicho lo anterior, señalado ya ese clima en el que poco a poco me ha ido metiendo la vida y el Dios de la vida y de los vivos que me acompaña, paso a hacer un pequeño repaso de mi vida. No porque tenga nada de especial, sino porque me parece que en ella Dios se me ha ido ofreciendo con formas y posibilidades siempre nuevas, que me han conformado como creyente adulto que soy. Lo cual no quita –y ojalá que así sea– que no esté expuesto en mi vida a nuevas propuestas de Dios desde el corazón de la vida, desde la gente que seguramente todavía se me irá cruzando por la vida. Posiblemente a muchos de los lectores les habrá pasado algo semejante.

### *a) El ambiente cultural*

Mi familia no era una familia religiosa. No recuerdo a mi madre, que murió cuando yo tenía tres años. Mi padre había estado en la guerra de parte de Franco, seguro que porque simplemente le tocó, pero por ideas y temperamento bien podría estar del lado de los republicanos.

De mi niñez tengo dos recuerdos religiosos: uno me trae a la memoria al cura don Benjamín en la preciosa iglesia románica de Santa María de Pesqueiras, Chantada (Lugo), en el corazón de la Ribeira Sacra, lamiendo casi las aguas del Miño; le veo vuelto hacia la gente explicándonos a los feligreses la parábola del sembrador, que acababa de leer en latín de espaldas para la gente. Lo estoy viendo tal cual. El otro recuerdo hace referencia a una confesión que hice en la misma iglesia cuando tenía trece años, dominado por el sentimiento de culpa después de haberme permitido alguna ligereza sexual. La culpa y la gracia del Evangelio.

Y poco más. Repito, mi familia en general no era familia precisamente religiosa. Pero era religioso todo el ambiente en el que yo había nacido y me criaba. Y ese ambiente se me fue pegando a la piel del cuerpo y del alma, hasta el punto de hacer de mí un animal esencialmente religioso. Es la marca de Dios en mi vida, que con el paso de los años he ido racionalizando y convirtiendo poco a poco en experiencia personal asimilada, algo purificada y agradecida.

*b) La estética cultual*

Con trece años fui a estudiar al monasterio de Samos, en Lugo, y allí profesé como monje cuando tenía 19 años. Después fui ordenado sacerdote en ese mismo monasterio, en el que viví como monje hasta los 29 años. Es fácil de entender que me habituase a las celebraciones litúrgicas. Creo que llegué a comprenderlas bien, a realizarlas cuidadosamente y a amarlas como lugar de encuentro con Dios dentro de la comunidad. La estética del culto ha acompañado a mi fe hasta el día de hoy. Todavía en el presente los momentos de culto, fundamentalmente la Misa de los domingos, son para mí un espacio privilegiado, un verdadero regalo de Dios con el que disfruto mucho y del que aprovecho para fortalecer mi vida.

Habituado en principio a las majestuosas celebraciones abaciales del preconcilio, me incorporé con gusto a unas formas de celebración marcadas por la simplicidad, por la fuerza simbólica, por la transparencia del Evangelio, por la vinculación nítida con la vida de cada día, en los signos, en el lenguaje, en los contenidos de la plegaria, en la incitación a la acción. Dios me ha dado el don de la creación de materiales para la oración y las celebraciones, y esos momentos de creación me ofrecen la oportunidad de expresar y cuidar mi vivencia religiosa.

También para mí el culto puede ser una trampa, y lo ha sido más de una vez. A veces más que una trampa es ya un lugar de pecado por los celos injustificados a poner en práctica aquello del Evangelio: “Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja tu ofrenda allí

mismo delante del altar, vete primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve para presentar tu ofrenda” (Mt 5,23-24). Pero la culpa no la tienen las celebraciones, sino quien no respeta su verdad; en este caso, yo.

*c) El monacato simple*

Siendo monje, llegó la novedad del “monacato simple”. Eran ya los tiempos posteriores al Concilio Vaticano II, allá cuando la juventud hacía la revolución del 68. Los monasterios también vivían sus revoluciones. El “monacato simple” era una llamada a renunciar al poder; se empezaba por las mismas estructuras materiales monásticas; se querían evitar los grandes monasterios, para vivir en edificios pequeños, funcionales, simples, pobres, en los que propios y ajenos se pudiesen sentir bien acogidos.

Era una manera de despertar ante la llamada de la pobreza. Todavía era una pobreza de corte bastante personal, por el gusto de ser pobre, por un intento sincero de responder al Cristo pobre que convocaba a una comunidad de pobres. De entrada era, creo, una pobreza vivida hacia dentro de uno mismo, hacia dentro de la propia comunidad. Aún no se ponían en danza las cuestiones sociales. Esto sería el capítulo siguiente.

**Pobreza, lengua  
y pueblo fueron para  
mí una trinidad santa**

Yo había nacido pobre y me había criado en situación de pobreza fuerte; sin embargo todo esto del “monacato simple” fue para mí el primer contacto de reconciliación con la pobreza. Ahí la empecé a amar y seguir, seguro que sin saber hasta dónde me podría llevar, si le era fiel. Eran los primeros pasos, seguramente dados con vacilaciones, pero que fueron el inicio de una marcha a la que el Dios de los pobres nunca más dejó de convocarme. Algunas veces he acudido solícito a estas convocatorias; otras no. Dios no deja por eso de seguir convocándome. Y le estoy muy agradecido.

*d) Galicia, lengua y pueblo*

Más o menos por estos mismos años, de una manera que no sé decir muy bien cómo, me fui sintiendo atraído por la lengua que había mamado de pequeño, y que en el monasterio había sido objeto de abandono e incluso de desprecio. El primer libro en gallego que me llegó a las manos fueron los Evangelios traducidos por Espiña y Morente. Si mal no recuerdo, fue ese libro el que despertó en mí la apetencia por mi lengua materna. Empecé a buscar alguna gramática, que enseñaba alborozado a mis compañeros y superiores diciendo: mirad, el gallego también tiene gramática. No siempre mi alborozo era correspondido. Lo de la lengua me traería problemas de convivencia en la comunidad. Pero fue algo que prendió en mí hasta el día de hoy. Fue como descubrirme a mí mismo, era una de las fuentes de mi mejor identidad.

Paralelo a este descubrimiento de la propia lengua, de la lengua gallega como habla que me daba identidad, corrió el descubrimiento de Galicia como mi pueblo. Leí libros de Cuevillas (*Prosas Galegas*), de Celso Emilio Ferreiro, de Castelao (*Sempre en Galiza*), que ni siquiera recuerdo cómo cruzaron los muros del monasterio. Además cada día podía contactar con el pueblo rural que rodeaba la cerca del monasterio. Pobreza, lengua y pueblo se fueron convirtiendo para mí en una trinidad santa, a la que me sentí profundamente vinculado para siempre, y a través de la cual experimenté que Dios me llamaba a su verdad, que era también mi propia verdad.

He vivido siempre la fidelidad a la pobreza, a la lengua gallega y al pueblo gallego como una parte de mi fidelidad al Dios de la vida, al Dios de los pueblos, al Dios de los pueblos pobres. Nunca ha supuesto para mí ninguna desconexión, al contrario, he sentido siempre muy viva en mí la llamada a responder en el nombre de Dios a esas demandas que me iban llegando desde la vida. Fueron incluso una buena razón para que yo abandonase el monasterio, aún cuando entendía, y todavía entiendo, que tenía corazón y maneras de buen monje.

*e) Fe y justicia*

En la década de los setenta, durante tres años, permanecí en Bilbao haciendo estudios bíblicos en Deusto. Hice buenos amigos que todavía conservo hoy. Me ayudaron a introducirme en un movimiento comunitario que posteriormente se llamó —y todavía se llama— “Comunidades de Fe y Justicia”. “Fe y Justicia” se traducía en aquellos tiempos, y en buena medida aún hoy, por “Fe y Política”. Se basaba en algo muy simple, en el hallazgo, entonces un verdadero hallazgo, de que la política es un instrumento apropiado para realizar históricamente la fraternidad cristiana, el Reinado de Dios. Los intentos de fraternidad cristiana que no pasasen por el cedazo de lo político acababan pecando de ingenuidad, y las acciones derivadas de tales pretensiones muchas veces no eran sino paternalismo clerical.

Seguramente estoy simplificando mucho. Lo que quiero decir es que yo descubrí la importancia enorme de lo político en relación con la construcción del Reinado de Dios. Entiendo que puede haber formas estructurales de estar en la realidad, sin que pasen necesariamente por la instancia política, pero para mí, a partir de aquella prolongada estancia en Bilbao, me ha quedado siempre un respeto muy profundo por la política, me ha quedado el convencimiento de que Dios está en la política, de que a los cristianos nos haría mucho bien estar introducidos en la política, para hacerla instrumento de una fraternidad real, que no se quede ni en sentimentalismos ni en espiritualismos.

Este hallazgo de Bilbao de finales de la década de los setenta fue como un pequeño tesoro escondido, del que desde entonces he procurado aprovecharme. Hoy tengo militancia política, algo en la sombra, es cierto, como responsable de organización y comunicación de un pequeño grupo de base, y siento que Dios me incita a esa militancia incluso dando pasos más firmes de los que hasta el momento presente estoy dando. Cuando estoy en una reunión del grupo, o cuando elaboro algún escrito simple para expresar a la ciudadanía rural lo que pensamos y aquello por lo que luchamos, me siento tan en Dios como cuando parti-

cipo en una celebración religiosa, o incluso como cuando me acerco devotamente a la Comunión. Lo político es para mí una forma de Comunión sagrada con el pueblo, y, en el pueblo, con el Dios que lo sustenta.

*f) El Espíritu de la aldea*

De vuelta para Galicia estuve doce años de cura en varias parroquias del ayuntamiento de Abadín (Romariz, Labrada, Fanoi, Montouto...) con un compañero de equipo Xosé Antón Miguélez. Fueron varios los campos de la presencia de Dios que o se intensificaron o empezaron a aparecer en mi vida, que fue en aquellos tiempos la vida de un cura de aldea, varios años jornalero de mis mismos feligreses, introduciéndome por vez primera en mi vida en el cuerpo y en el alma del pueblo rural, en medio del cual pretendía ejercer el carisma de cuidador de la comunidad. Supongo que haría cosas bien, y supongo que haría cosas no tan bien.

De esta larga etapa me quedaría con dos terrenos en los que Dios me descubrió su presencia y su llamada.

El primero sería el hecho de verme con el don de ser cuidador de la comunidad. Descubrí entonces en mí ese don, vi que tenía maneras adecuadas para cuidar y animar la comunidad; descubrí que la comunidad era parte de mi vida, que me debía a ella, que en medio de ella encontraba fuerza y placer. Nunca he perdido ese don ni esa llamada, ni siquiera cuando más tarde, por razón de mi casamiento, me obligaron a dejar de ser cura.

El segundo terreno es el redescubrimiento de la aldea como un mundo insospechado, pletórico de recuerdos, abundante en bienes y bondades, sostenido por personas que en el pasado y en el presente me dejaban asombrado por la reciedumbre de sus trayectorias personales construidas sobre valores simples y elementales como el esfuerzo, la honradez, la resistencia, el humor... Este redescubrimiento lo fuimos haciendo en grupo, desde el grupo, dentro de lo que se llama el Movimiento Rural Cristiano de Galicia. Al conjunto de todo aquello mejor, que

tanto nos fue asombrando de la vida de la aldea pasada y presente, hemos dado en llamarlo “Espíritu de la aldea”, un Espíritu al que le debemos agradecimiento, consideración, adoración, disponibilidad. Gracias a Dios sigo viviendo en la aldea, y, aunque la aldea esté en un trance de enorme transformación, que algunos llamarían muerte, somos muchos los que seguimos apostando por encontrarle un sentido a la vida en la aldea, como herederos y continuadores, a su manera, de una maravillosa tradición espiritual, cultural, humana. Quizás hemos llegado algo tarde en este reconocimiento, es cierto, pero ahí estamos, y ahí estamos en nombre de Dios.

*g) Casado y con hijos*

Cuando tenía 47 años me casé con Delia, viuda, que ya tenía tres hijos. Luego tuvimos una hija más, María. Casado, entonces, y con hijos. Un nuevo lugar de la presencia y de la llamada de Dios. Aunque todo lo referente a la afectividad y a la sexualidad ya era para mí un

**Ayudar a madurar a una persona es un oficio próximo a lo divino**

lugar fuerte de presencia-ausencia de Dios, simplemente porque estaba siendo un lugar fuerte para mi construcción como persona, como creyente también.

A partir de mi enamoramiento con Delia, Dios para mí tuvo también pacífico nombre de mujer. Los símbolos matrimoniales, tan del gusto de la literatura bíblica para hablar de los cariños de Dios con la gente, tenían entonces presencia y realización en mí y en mi esposa. Nosotros somos sacramento y profecía de Dios. Fui entendiendo la vida de pareja, entre otras cosas, como una escuela de aprendizaje de las dinámicas reales del amor, a las que Dios me está convocando desde siempre. La relación sexual me parece un momento de comunión que tiene mucho que ver con la fuente cristiana de toda comunión, que es el cuerpo de Cristo. No entiendo la vida matrimonial hacia den-

tro, cerrada, sino como puerta que nos abre al exterior, que nos invita a trascendernos, a ir más allá de nosotros mismos y de la placidez de nuestros encuentros y proyectos.

La niña es otro reto maravilloso de Dios en mi vida. Una escuela de ternura, de disponibilidad, de libertad, de respeto, de pacifismo, de realismo; una escuela en la que, lo reconozco, no soy siempre alumno precisamente aventajado. Quizás para esto haya llegado algo tarde. Pero Dios está ahí, y no quiero esconderme al escuchar su voz, por mucho que esa voz me descubra, como a Adán y Eva, desnudo y avergonzado (cf. Gen 3,7).

*h) Gigantes con pies de barro*

Llevo once años trabajando en Proyecto Hombre en la rehabilitación de personas adictas al consumo de sustancias o a otras cosas. Soy coordinador del equipo de Proyecto Hombre de Lugo, y más de una vez pienso en la feliz ironía de dejar de ser maestro de novicios en mi monasterio para llegar a ser de alguna manera “maestro de novicios” drogodependientes, persona responsable de la ayuda que se les da para su crecimiento, maduración y responsabilización total en la vida.

Pienso que no acabo de darle toda la importancia que tiene esta realidad de mi vida, como lugar privilegiado donde verme con Dios día a día, cara a cara. Ayudar a madurar a una persona es el oficio más próximo a lo divino que se puede dar en este mundo. Pienso, en definitiva, que éste es el oficio que mejor define a Dios hacia todos nosotros: el que nos acompaña para que nos vayamos haciendo hombres y mujeres de bien. En esta tarea ando con Dios en mi batallar de cada día.

Pero, además de esto, este oficio me está aproximando a los fondos oscuros de nuestro mundo occidental, seguro y prepotente, que se vanagloria como el mejor de los mundos posibles, y que apenas siente la necesidad de cambio y de transformación como no sea en una huida hacia delante. Pero somos gigantes con pies de barro. Bajo la apariencia de seguridad y control absoluto, anidan miedos, vergüenzas, angustias, vacíos profundos que nadie se encarga de colmar sosegadamente. A diario

tengo que estremecerme ante la simplicidad y, al mismo tiempo, la complejidad de los comportamientos humanos, ante terribles sufrimientos personales y familiares, para los que las adicciones desempeñan muchas veces el papel de simple indicador de que algo, mucho, no va bien.

Estoy en contacto con muchas fuerzas destructivas. También en contacto con muchas fuerzas constructivas, las provocadas en el ánimo del que realiza con sudor y lágrimas su propia rehabilitación, y las derivadas del esfuerzo solidario de cientos de personas, que se rinden humildes ante el dolor humano y le contestan con un servicio sencillo y cargado de esperanza. ¡Y cuántas veces en los pozos de la muerte reaparece con vigor la vida! “Realmente que está el Señor en este lugar, y yo no lo sabía” (Gen 28,16).

*i) Espíritu y razón*

Mis años monásticos fueron los años de mi asentamientos religioso, creyente, cristiano. Siempre creí que yo había sido tocado y convertido por el Evangelio de Jesús, y que eso nunca moriría en mí. Salí del monasterio con una admiración muy fuerte por el Jesús de los Evangelios que nunca dejaría de leer, meditar y, algo a medias, seguir. Salí del monasterio con la conciencia firme de que quien está abierto al Espíritu, pase lo que pase, siempre encontrará buen camino para su vida.

Pues, curiosamente, pegado a este convencimiento se fue configurando en mí otro que tiene apariencias de contrario, pero que en mi experiencia de vida se ha hecho hermano del anterior. Me refiero al convencimiento de la necesidad de introducir en mi vida espiritual a la hermana razón. Siempre me ha molestado mucho la desconfianza que veía en mucha gente de Iglesia respecto a la razón. El estatuto de la razón se convertía en sus manos en algo opuesto al de la fe y de la gracia. Al estatuto del Espíritu también.

Siempre he querido entender que, si Dios hizo a la persona humana a su imagen y semejanza, y la hizo dotada de razón, de

capacidad de pensamiento y de reflexión, habrá que encontrar en la razón, cuando menos, una dimensión complementaria para la totalidad de la persona, que desde luego no es todo razón, sino también corazón, sentimiento, sueño, fantasía, utopía, apertura a lo “más” en todo orden de cosas.

En horas de turbación personal por perversiones religiosas, la razón ha sido siempre para mí buena maestra y compañera. Y estoy muy agradecido a Dios por haberme hecho racional.

### **3. Reclamos actuales de la presencia de Dios en mi vida**

Dios nunca está parado. Estoy convencido de ello. Año a año, mes a mes, día a día, está ahí, a la puerta, sin cansancio, paciente, persistente, con una fidelidad imperturbable, a prueba de desaires. Ahora mismo su presencia en mi vida me está urgiedo a ciertas cosas con especial intensidad, dentro del conjunto de matices de los que más arriba he comentado.

#### *a) Orar en secreto*

La primera cosa a la que Dios me llama es a orar en secreto. “Cuando tú vayas a rezar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre en secreto. Y tu Padre, que ve lo escondido, te lo pagará” (Mt 6,6). Este texto me ha llamado la atención fuertemente aún no hace mucho tiempo. He entendido que en él Jesús no me hablaba solamente de un método o de una actitud ante la oración; era todo un talante el que Jesús me sugería. Y es a este talante al que me siento llamado por Dios en esta etapa de mi vida.

Cuando Jesús hace esta recomendación sobre la oración, para que huyamos del aplauso y del reconocimiento humano, está apuntando a un aspecto medular de nuestra condición humana: el interés por considerarnos siempre el centro; puedo asumir montones de compromisos y sacrificios, siempre y cuando yo siga siendo el centro. Yo personalmente me siento muy atraído por esta tentación humana de primer orden, que, creo yo, estuvo

también muy presente en la trayectoria creyente de Jesús, según se recoge en las narraciones de las “tentaciones”, tal como nos las cuentan Mt 4,1-11 o Lc 4,1-13.

Es algo difícil de percibir a veces, porque con frecuencia esta actitud ante la vida, ante la presencia de Dios aparece enredada en una madeja de encubrimientos, de simulaciones, de aparentes buenas intenciones, que hacen complejo su descubrimiento, su combate y su victoria.

En definitiva, aprender a estar “descentrado”, espiritualmente descentrado, para poder estar centrado en Dios, el único que tiene consistencia suficiente, como para poder descansar en él tanto mi pasado, como mi presente y mi futuro. Aprender a confiar mi vida de una manera total en otro, en Dios. A esto me siento llamado y provocado y servido en este momento de mi vida.

*b) El golpe en la otra mejilla*

Es la contrapartida de lo anterior, su consecuencia. En la medida en que me siento centrado en mí, tiendo a ser intolerante y violento. En mí por lo menos, centramiento en lo propio y agresividad forman un cuerpo común difícil de desglosar. Personalmente no me extrañan nada las violencias que, de una forma o de otra, nos rodean diariamente aquí o allá. Pienso que todos llevamos en nosotros las raíces de tanta violencia. Yo las descubro dentro de mí, y las veo muy situadas en una zona personal profunda, en perfecto entendimiento con afirmación y centramiento en lo propio.

La tendencia a la violencia puede aparecer después en mi vida de mil maneras: en la forma en que le hablo a la gente de casa, en las actitudes machistas, refinadas, pero machistas, que veo en mí, en la manera de situarme ante mi hija a la hora de entrar con ella en aspectos de educación, en la poca tolerancia para con los que son de distinto credo político o religioso; a veces incluso manifiesto esta actitud agresiva, violenta, con los mismos animales, no respetando comportamientos instintivos suyos, con los que son fieles a su llamada para la vida que Dios ha puesto

en ellos, por el hecho de que ocasionalmente le causen algún inconveniente a mis intereses personales del momento.

No sé si es mucho decir que el comportamiento pacifista de Jesús más que una estrategia para la eficacia de la acción, fue una conclusión de su centramiento absoluto en Dios: porque creo en Dios, no puedo absolutizarme en nada, ni siquiera en aquello que pienso creer de Dios, y, por lo tanto, no tengo razón alguna para violentar nada absolutamente, como no sea desde una confrontación serena y madura, que en todo caso es el camino pacífico de los cambios. Creo en las palabras de Jesús

**El pacifismo de Jesús fue  
fruto de su centramiento  
absoluto en Dios**

cuando dice: “Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica” (Lc 6,29), pero estoy muy lejos de verme haciendo eso. Aunque sí me estoy sintiendo llamado a andar por este camino limpio y estrecho de la no violencia.

*c) La llamada del Islam y de otros credos*

Quizás sea una continuación de la demanda anterior que Dios me está haciendo. Estar descentrado, para centrarse únicamente en Dios, estar pacificado como fruto de esta renuncia a ser en nada absoluto, lleva consigo que ni siquiera absoluticemos para nada la manera concreta que tenemos de confesar a Dios en nuestras vidas. Pensamos que lo que creemos es lo más correcto, lo más acertado, porque lo experimentamos como lo que nos da más y mejor vida; y lo convertimos en dogma, que es como decir en convencimientos profundos que ha ido elaborando una tradición seria y continuada como la cristiana, la católica. Pero eso no da legalidad a ninguna absolutización, ni menos a ninguna desvalorización, ni menos a ningún desprecio hacia ninguna otra pretensión de recoger la experiencia de lo religioso en la vida.

Los cristianos católicos tenemos mucho que pensar en torno a todo esto. Pienso que en los tiempos más recientes se está llevando a cabo esta reflexión, esta revisión, que trae aires de cambio y de conversión. No hay duda de que hace cientos de años respondimos a la agresividad conquistadora del Islam con otra agresividad también conquistadora ¡en el nombre del Dios gratuito y libre, que nos llama a la libertad! Mucho de lo que a nivel universal nos está pasando en estos tiempos hunde algunas de sus raíces en hechos nefandos que hasta hace poco teníamos como sumamente meritorios para nuestra cultura y para nuestra fe. Es cierto que ha habido profetas de una manera nueva de relación (por ejemplo Francisco de Asís), pero estos profetas no fueron escuchados, y la violencia acabó imponiendo casi siempre sus reglas.

El Dios que se me ofrece en la oración y en la vida me invita a acoger todos los credos, a adivinar en ellos el paso de su presencia amorosa y paciente, a ofrecerles con humildad las razones de mi esperanza concreta, a fundirme con ellos en una búsqueda sosegada de la paz, del pan y de la verdad para todos. Una llamada al ecumenismo cósmico desde los pequeños pasos y cuidados de las palabras y de los hechos de cada día, como es por ejemplo el saludo cordial ante el paso de cualquier árabe, hombre o mujer, con el que me cruzo por las calles, la disponibilidad a compartir tierra, trabajo y lengua con los que vienen de fuera, la protesta por las maneras como nuestros políticos en general, siguiendo las pautas de los Estados Unidos, están tratando al mundo árabe, etcétera.

*d) Evangelizar el animal religioso que soy*

He dicho más arriba que por cultura, historia y devoción soy un animal religioso. Para mí ser hombre religioso es una buena ventura, pero es también un riesgo, algo que merece, cuando menos, sospecha. Ya lo dice nuestro refranero gallego: “A las puertas del rezador no pongas el trigo al sol”, como aventurándonos a afirmar que quien mucho reza no es precisamente el hombre o mujer que más confianza merece. Claro que el mismo

refranero gallego se encarga de contestar: “Y a las puertas del que no reza nada, ni el trigo ni la cebada”.

La crítica a la religión viene de muy antiguo. Toda la tradición profética bíblica ya la tenía muy en cuenta y Jesús de Nazaret la heredó y la acentuó con nitidez. Son cosas que todos sabemos, pero cosas también en las que tropezamos día a día, generación tras generación; parece que no es lección nunca aprendida. Hay textos bíblicos aleccionadores que escuchamos y pronunciamos una y mil veces, pero que siguen teniendo toda su actualidad, para mí desde luego la tienen: la reconciliación con el hermano es más importante que la ofrenda religiosa (Mt 5,23-24); la oración, como símbolo primero de la religiosidad tradicionalmente, carece de garantía ante Dios a la hora de la verdad (Mt 7,21-25); la relativización absoluta de todo credo en comparación con el absoluto de dar atención y acogida a la gente débil (Mt 25,31-46). Además de estos apuntes concretos, es bien sabido que toda la experiencia de Jesús recogida en los Evangelios sitúa a la persona humana, hombre o mujer concreta, como lo más importante de todo, como el lugar privilegiado de la experiencia religiosa. La encarnación del Verbo no es algo que solamente afecte a la realidad personal de Jesús. Lo que realmente nos ha desvelado Jesús es que todos, con él a la cabeza, somos encarnación de Dios, somos hijos de Dios. Hijos en el Hijo.

La oración no es medida de buena religión. La oración es instrumento que puede valer para la buena relación religiosa con Dios. (Se podría discutir esta condición de la oración nada más como servidora de la buena experiencia religiosa. Posiblemente la oración, en cuanto encuentro con Dios en el ámbito del amor y de la solidaridad, tenga un sentido y una finalidad en sí misma). Lo que tiene prioridad es la atención a las personas de la casa, a los vecinos, a cualquier hombre o mujer que se cruce en mi vida, sobre todo si estas personas, por estar envueltas en debilidad, provoca a la misericordia solidaria real. Conocemos todos el dicho de R. Paniker, que luego ha divulgado Rahner: el cristiano del siglo XX —ahora XXI—, o será místico, o no será;

pero es muy buena la apostilla de Casaldáliga: el cristiano del siglo XXI o será dado a los pobres, o no será. La mística tiene fáciles riesgos. Más fáciles que los que pueda tener el servicio a los más débiles.

Muchas veces me veo en la necesidad de corregirme de mis ganas de rezar, de celebrar, para atender a las personas en las demandas inmediatas, sencillas, que me pueden estar haciendo. Es el reclamo en mí del Dios hecho ser humano, que recoge la tradición cristiana en la que tan a gusto me siento asentado. ¡Qué simple y transparente, qué revolucionario!

*e) El encuentro personal con Dios*

Éste es el último reto al que Dios me está provocando últimamente desde la oración y desde la vida. Es un reto sencillo y profundo al mismo tiempo. Consiste en algo muy simple. Noto que muchas veces, para mi experiencia religiosa estoy como refugiado en muchas formulaciones teóricas (mitos, credos, ideologías religiosas, teologías...), que me entran por los ojos de la lectura y me salen por el río de las palabras, dichas o escritas, pero que no llegan a tocar, a herir de verdad mi realidad personal. Evito la confrontación directa con Dios, en la medida en que ésta es posible para un hombre humilde, un hombre tierra, un hombre criatura que soy.

En el fondo pienso que le tengo miedo a Dios y a todo lo que me puede venir de Dios, que en principio seguramente no va a ser sosiego, tranquilidad, serenidad, y ese tipo de cosas que espero como consecuencia inmediata de mi fe en Dios. ¡Sabe Dios a dónde me llevaría Él, si me dejase encontrar a fondo por su presencia!

Sin embargo y al mismo tiempo, en esta última temporada me veo llamado a aproximarme algo por lo menos al espacio de Dios, mejor dicho, me siento empujado por el Espíritu a caer más cada vez en la cuenta de esa presencia envolvente, dejándome coger por su confrontación y por su esplendidez. Escucho en mi corazón como una voz que me dice: atrévete, arriésgate,

haz tú mismo la experiencia, no te dejes conducir por lo que otros han sentido y experimentado, haz verdad dentro de ti, en ti mismo, lo que para otros también ha sido verdad y vida. Todo esto sin quitarle importancia para nada a la gracia y al misterio que veo encerrado y ofrecido en el hecho de ser miembro de una tradición comunitaria asombrosa, que me ha llevado siempre de la mano.

Creo que Jesús fue lo que fue y es lo que es por haberse atrevido a abrirse totalmente a la experiencia propia de Dios, más

**El cristiano  
del siglo XXI será  
dado a los pobres,  
o no será**

allá de lo que le dictaban los credos dominantes en su tiempo. Experimentó la filiación de Dios y toda su fuerza de transformación para sí mismo y para sí en relación con el espacio familiar, religioso y social en el que se movía. Me

llama mucho la atención la afirmación de Pablo de ser hijos en el Hijo, me siento agraciado por ella, provocado por ella, invitado a algo semejante (¡pobre de mí!), a la sombra de Jesús y de muchos santos y santas que fueron tales en la misma medida en que tuvieron la humildad y el atrevimiento de dejarse coger por Dios en su vida, sin mediciones ni reparos.

#### **4. Algunos métodos o caminos de realización**

Para mantenerme vivo, dinámico, en medio de todo esto, para acoger estas llamadas e ir aprendiendo a darles contestación en mi vida, tengo mis métodos, que no son nada originales, pienso yo, pero que a mí por el momento me están valiendo para avanzar y crecer en la fe, en la experiencia de Dios.

El hecho *de estar en un medio de vida humilde, de pobreza digna, como es en general el mundo de la aldea en la que vivo*. También el moverme con gente que en buena medida todavía no se ha dejado maliciar por la riqueza, el poder, la soberbia de la

vida. También el *andar diariamente junto a gente herida a consecuencia de la drogadicción* (residentes del programa de rehabilitación y sus familiares) me permite moverme en un espacio protector, que no me engaña, que no se encubre de lujos a ningún nivel y que me hace clamar diariamente, con o sin palabras, por la dignidad, por el futuro renovado y mejor, por la superación de tanta historia y tanto conflicto a veces buscado adrede, en definitiva por el Reinado de Dios.

*La fidelidad a un tiempo diario de oración en formas variadas*, pero cada vez más orientadas no a rezar con textos hechos por otros (a no ser el Padrenuestro, la oración de Ch. Foucauld “Padre, me abandono a ti” y por temporadas los salmos), sino a leer y meditar la Palabra de Dios, los Evangelios sobre todo, a releer y meditar lo que me sucede en la vida cada día; y desde ahí expresar yo, de alguna manera, mi propia plegaria, que sea verdad en mí. Y esto no por ningún tipo de prepotencia, sino por ser fiel a esa llamada, anteriormente comentada, de andar a la busca de un encuentro realmente personal con Dios. Conozco todo eso de la relativización de la oración, sus trampas y peligros, pero, con todo, mi experiencia me dice que, cuando soy fiel a estos tiempos de oración, me siento más capaz de darle densidad a mi vida, de hacerla más feliz, de abrirla más y más limpiamente a los demás. Posiblemente sea porque soy muy débil y necesito de muchos apoyos.

Me ha valido mucho últimamente, de cosa de dos años a esta parte, el *expresarme oracionalmente desde un diario espiritual*, que me está ayudando a mantener una tensión de escucha y obediencia, y a expresarme también a mí mismo con verdad, desde mí mismo, desde lo que considero que el Espíritu me va diciendo desde el día a día que configura mi vida.

Me valen de mucho *las diferentes celebraciones religiosas en las que participo*, la Misa de los domingos sobre todo, para las que me preparo algo especialmente, y para las que colaboro con participaciones que me ayudan a expresar a nivel popular lo que cada domingo Dios me ofrece y demanda. A veces me dejo lle-

var por la rutina, y de poco me vale tanto rezar y celebrar. Disfruto mucho cuando me encuentro con curas tocados por Dios, que me introducen en los misterios de la vida y de Dios. Haber los hay, como las brujas. Se lo agradezco enormemente. Pero también mucha otra gente, no curas, desde ámbitos no culturales, están cumpliendo para mí con este oficio sagrado de ser parteras de Dios. También se lo agradezco enormemente.

Desde hace varios años, y empujado en esto por la teología cuasi familiar de Andrés Torres Queiruga, *vivo todo esto sin recurrir a la oración de petición*, aunque me uno a ella con buen espíritu cuando rezo con el pueblo según los formularios más o menos oficiales. No es nada forzado o artificial en mí. Sin peticiones me encuentro con todos los recursos necesarios para expresar delante de Dios mi pobreza, mi necesidad, mi confianza, mi deseo de que la abundancia eterna de Dios envuelva mi historia simple y diminuta y también la historia amplia de la humanidad hecha día a día por nuestros andares contradictorios.

Le estoy muy agradecido a Dios, le quiero mucho y espero que Él, que despertó en mí su sed, la sed de Él, se convierta también para mí en el agua que la apague, pues Él es el único manantial, padre y madre de todas los pozos, fuentes y arroyos. ¡Dios sea bendito para siempre! Amén.

---

No es necesario tener alas  
para hablar con Dios,  
sino ponerse en soledad  
y mirarle dentro de sí.  
Procurar cerrar los ojos del cuerpo  
y abrir los del alma.  
No les pido más  
que le miren con el corazón.  
Jesús no está esperando otra cosa  
sino que le miremos.  
Para aprovechar mucho  
en este camino de oración,  
no está la cosa en pensar mucho  
sino en amar mucho.  
Así, lo que más les despierte a amar  
eso es lo que hay que hacer.

**Teresa de Jesús**

---